

de Sistemas I, en junio de 1971, la exposición donde Glusberg buscó trazar una línea de identificación entre las producciones locales e internacionales ligadas al arte conceptual, se hizo tangible la necesidad de generar una instancia de discusión y de creación desde donde se diera forma a esa iniciativa. El objetivo: proveer a los artistas de un bagaje científico para que, en sus trabajos, pudieran conectarlo con las problemáticas de su entorno.

Según señalaba Glusberg, el breve encuentro de seis horas entre algunos artistas y el dramaturgo polaco Jerzy Grotowski, bastó para sembrar el germen del Grupo de los Trece, que luego de algunas idas y vueltas quedó conformado por Jacques Bedel, Luis Fernando Benedit, Gregorio Dujovny, Carlos Ginzburg, Jorge Glusberg, Jorge González Mir, Víctor Grippo, Vicente Marotta, Luis Pazos, Alfredo Portillos, Juan Carlos Romero, Julio Teich y Horacio Zabala.

El método del taller laboratorio fue la idea rectora que guió la dinámica de trabajo junto con varias otras formulaciones grotowskianas que comenzaron a resonar en las prácticas del grupo: generar el acto creativo a partir de un mínimo de recursos (teatro pobre), la idea de libertad como última instancia del acto creador (aunque, como veremos, aquí podríamos establecer algunas diferencias), o la fuerte impronta interdisciplinaria.

Años más tarde, Glusberg explicaba cómo veía en sus postulados una estrecha relación del Teatro Pobre con las vanguardias estéticas de los años sesenta y setenta “[...] que ven en el arte un medio de conocimiento y participación, un espejo del ámbito social donde viven”.¹³ El teatro pobre, cuyo fundamento radicaba en la actuación, en el cuerpo y la voz despojados de todo otro elemento externo, establecía también una relación directa con las prácticas performáticas, una de las tendencias experimentales que Glusberg intentó promover en la escena local.

Otra figura central en esta primera etapa del Grupo de los Trece fue David Cooper, propulsor de la antipsiquiatría, una corriente que en aquellos años se alineaba (con una radical impugnación del saber psiquiátrico) a los distintos modelos que se proponían contra las estructuras hegemónicas. En este gesto radicaba uno de los temas preponderantes que inundaban los estudios y las prácticas sociales: el cuestionamiento a las instituciones como espacios de ejercicio de poder opresivo y asimétrico. Si, como postulaba la antipsiquiatría, la locura y la psicosis eran producto de la sociedad capitalista, la liberación del poder psiquiátrico era, en definitiva, una liberación social y en su manifestación, expresión extrema, revolucionaria. Desde esta perspectiva, sus propuestas se

¹³ GLUSBERG 1985: 129.